



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Las dimensiones temporales de la experiencia histórica*

Rosa E. Belvedresi (IDIHCS – CONICET)

La experiencia es un concepto muy mentado en condiciones diversas, pues se descuenta el valor de tenerla para el aprendizaje y para ser capaz de llevar adelante una vida propia. Para la filosofía es un concepto central, de usos amplios y variados, al cual apelar para poder resolver cuestiones complejas y problemáticas. Sin ser exhaustivos podemos decir que la experiencia ha sido utilizada a lo largo de la historia de la filosofía en contextos muy diferentes, desde el conocimiento del mundo que nos rodea y los objetos que lo componen hasta el fundamento de los juicios éticos, apreciaciones estéticas o el reconocimiento de la identidad personal¹.

En los últimos años ha habido una fuerte carga en lo que podría denominarse la “experiencia histórica”, como una alternativa que podría responder exitosamente al desafío nominalista representado por los desarrollos de la filosofía narrativista de la historia comenzados por la publicación de *Metahistory* en 1973. No estaría de más recordar, sin embargo, que la cuestión de la experiencia histórica no se reduce al desarrollo de alternativas para responder al narrativismo, sino que es un tema que fue directa o indirectamente tocado por autores con preocupaciones históricas de larga data como Dilthey y Collingwood, por mencionar sólo algunos. Se podría ir más atrás y ver que la experiencia resulta importante para pensar el papel de la razón en la historia en las llamadas filosofías “especulativas”, ya que incluso la concepción racional de la historia que proponían debía ponerse en alguna consonancia con la información que la experiencia podía aportar. Y esto en dos sentidos, en la medida en que permitiría mostrar la utilidad de la “historia filosófica” para organizar los datos; y porque pondría de manifiesto los resultados del aprendizaje de la especie humana en cuanto sujeto histórico. Finalmente, habría una dimensión de la experiencia digna de ser rescatada que tiene que ver con el tiempo humano como tiempo *diferente*.

* Trabajo realizado en el marco del proyecto “El presente del pasado: conformaciones de la conciencia histórica”, que yo dirijo, radicado en el IDIHCS.

¹ Para un desarrollo general de la noción de experiencia véase: Jay, M.: *Cantos de experiencia* (Buenos Aires, Paidós, 2009). En relación a su vinculación con la identidad personal, la que involucra aspectos tales como la conciencia de pertenencia a una clase social o la identidad de género, es decir, dimensiones que podrían considerarse políticas y no simplemente la mera identificación del yo; véase el artículo ya clásico de Scott, J.: “The Evidence of Experience” (*Critical Inquiry*, 17:4, 1991) que presenta una fuerte crítica a la supuesta evidencia que la experiencia aportaría a estas dimensiones.

La referencia a la experiencia ha aparecido en los aportes que corrientes como la fenomenología han hecho para dar cuenta del carácter temporal e histórico del hombre. La historicidad y, en términos más generales, la temporalidad, son características de la experiencia humana en cuanto definen el ser en el mundo del hombre. El contar con el tiempo, la retención del pasado y la correspondiente protención del futuro como componentes inherentes a la experiencia del agente en el presente, sólo son posibles para un ser que, como señaló Kant, es capaz de actuar con independencia de las urgencias de los instintos y de las necesidades presentes en pos de una expectativa futura.

Así, la acción humana en cuanto intencional exhibe una estructura temporal en su propia constitución, en la medida en que supone la habilidad humana de configurar las circunstancias presentes del contexto para actuar en relación a un estado de cosas que todavía no es pero que llegará a ser justamente por la realización de esa misma acción. El pasado, como experiencia acumulada de la que disponer como aprendizaje, y el futuro como expectativa de logro, son entonces elementos inescindibles de la definición de un evento particular del mundo como son las acciones. Ahora bien, esta experiencia de la que los agentes disponen como elemento constitutivo de su acción *no* es experiencia histórica, en el sentido que me interesa indagar en este trabajo.

En efecto, los análisis husserlianos en la *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente* se centran en la experimentación y posterior rememoración de lo que denomina “objetos temporales”, entre los cuales el ejemplo privilegiado es la audición de una melodía. Distingue así entre la *retención* (recuerdo primario) que “se acopla a la percepción respectiva” y la *rememoración* (recuerdo secundario). Mientras la retención “no produce ninguna objetividad duradera, sino que sólo va manteniendo lo ya producido en la conciencia, asignándole el carácter de ‘recientemente pasado’”², la rememoración es “la actualización de una vivencia”³. De lo que se trata, entonces, es a lo sumo, de rescatar el carácter temporal de la existencia humana y de su experimentar el mundo que la rodea, ya que ninguna experiencia humana se constituye como la simple sucesión de horas discretos⁴.

Podemos retomar someramente el análisis heideggeriano de la de la temporalidad y la historicidad en *Ser y tiempo*, para reinterpretar dos notas características que son de utilidad en el contexto de este trabajo. La primera es la independencia de la historia en cuanto fenómeno existencial respecto de la historiografía, ya que aquélla “se halla más acá y en la raíz de toda posible tematización por la historiografía”, así, “la exégesis

² Husserl, E.: *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente* (Buenos Aires, Nova, 1958), pp. 84-5.

³ *Ibíd.* Pp.90-1.

⁴ Éste será el centro de las críticas que D. Carr habrá de dirigir a H. White, como rechazo de sus tesis acerca del carácter artificial o “impuesto” de la continuidad histórica.

existenciaria de la historiografía como ciencia se endereza únicamente a mostrar cómo la historiografía procede ontológicamente de la historicidad del ‘ser ahí’⁵. La segunda nota interesante es el carácter “mundano”, podríamos decir, compartido, de la historicidad: “la tesis de la historicidad del ‘ser ahí’ no dice que sea histórico el sujeto sin mundo, sino el ente que existe como ‘ser en el mundo’. El gestarse de la historia es el gestarse del ‘ser en el mundo’”.⁶ Sin embargo, el mundo heideggeriano no refiere todavía al mundo socio-histórico compartido, dentro del cual los individuos viven sus vidas y se descubren o se reivindican parte de las diversas tradiciones que articulan y disputan el presente.

Desde mi punto de vista, la temporalidad, o la historicidad más en particular, no agotan el sentido de lo que la experiencia histórica viene a significar. En primer lugar, porque la referencia a esta última involucra necesariamente la inscripción de un curso vital en un registro mayor, necesariamente social, que no se reduce a la mera biografía y a sus condiciones socio-históricas. Pero además, y más centralmente, porque el sujeto de una experiencia histórica se conforma siempre como uno colectivo, no tanto porque se trate de un nosotros comunitario (como lo entiende D. Carr⁷), sino más bien porque el yo que se asume como quien tiene la experiencia, lo es en relación con el contexto mayor del cual se siente parte.

La temporalidad, o la historicidad, podrían verse como condiciones de la experimentación del mundo como *Lebenswelt*, pero considero que todavía mantienen un sesgo excesivamente centrado en un yo constituido casi al margen de la historia, en el sentido en que ésta resulta relevante para este artículo. Por historia me refiero a las estructuraciones diversas de sentido disponibles en una comunidad social en cuyos marcos los sujetos sociales inscriben sus vidas y se identifican como parte de un devenir de sucesos en los que cumplen algún papel. La experiencia histórica, entonces, estará asociada a estos sentidos históricos, en cuanto modalidades peculiares de la conciencia que los agentes tienen de su ubicación en el decurso temporal de las comunidades a las que pertenecen. Tal pertenencia no tiene que pensarse solamente en términos de la continuidad de una tradición cuya pertenencia es reivindicada. No debe perderse de vista que la historia supone siempre una carga importante de novedad y de creación por parte de los sujetos, lo que va asociado a una consideración muy importante del futuro como abierto, es decir, como la esperanza de lo novedoso.

II

⁵ Heidegger, M.: *El ser y el tiempo* (Buenos Aires, FCE, 1980), pp. 406-7.

⁶ *Ibíd.* P. 419. Estas cuestiones deben ponerse en relación con la distinción entre historicidad *propia e impropia*. En la impropia: “es oculta la prolongación original del destino individual. Se trata del ‘uno’ que comprende el ‘pasado’ por el ‘presente’”; en la propia se da “una ‘despresentación’ del hoy y una deshabitación de las ‘usualidades’ del uno. La historicidad propia comprende la historia como el retorno de lo posible” (p. 422).

⁷ Carr, D.: *Time, Narrative and History* (Bloomington/Indianapolis, Indiana Univ. Press, 1986).

Considero que la noción de experiencia histórica es particularmente útil si se la entiende como una experiencia que no sólo remite a lo que ya no es pero que ha dejado tras de sí algún tipo de marca -la experiencia *del* pasado- sino, mejor, una experiencia *propia* del tiempo histórico, en cuanto éste es definido como presente que en algún sentido se ve como resultado del pasado, pero también como apertura al futuro. Las experiencias históricas constitutivas de una época (esté ésta demarcada en términos generacionales o signada por un hecho social o políticamente relevante) no lo son tanto por el pasado del cual provendrían sino que es el futuro (en cuanto horizonte posible de discernir o imaginar en el presente) el que carga de densidad “histórica” las experiencias cruciales por las que puede decirse de un grupo de sujetos que comparten una época.

Hace falta, según yo lo veo, prestar atención a un concepto pre-teórico de “experiencia histórica”, puesto que, si bien podrá ser luego elaborado como uno de los elementos constitutivos de una ciencia particular, sus características específicas lo hacen muy relevante para dar cuenta de ciertas experiencias realizadas por sujetos sociales bajo determinadas circunstancias. No se trata simplemente de la experiencia del tiempo como “tiempo humano”, en el sentido en que lo entiende la fenomenología, es decir, como fundado en la biografía personal por la que el presente es punto de unión entre el pasado recordado y el futuro proyectado. Tampoco me resulta adecuado definirla en términos de la experiencia *del* historiador como nostalgia frente a lo sido⁸. Me refiero más específicamente a una experiencia histórica del mundo por la cual los seres humanos son capaces, en grado diverso, de reconocerse inmersos en un decurso temporal que los excede, que no sólo viene del pasado sino que se abre al futuro.

La experiencia histórica se trata efectivamente de algo que “nos” sucede, tal como ocurre con otras experiencias de las que somos sujeto, aquellas en las que se manifiesta la existencia de algo que nos excede y que, para decirlo de manera apurada, se nos aparece y nos afecta de una manera que no podemos controlar. El equivalente físico estaría en el modo en el que experimentamos las diversas sensaciones por las cuales tomamos noticia del entorno en el que estamos (frío, calor, oscuridad, sonido, silencio, etc.). En cuanto característicamente *histórica*, la experiencia lo será de un transcurso del tiempo que entendemos cargado de sucesos, sucesos que se inscriben en primer lugar en nuestra propia biografía, pero que también habrán de estarlo en un marco social mayor y compartido con otros.

Puede sostenerse un vínculo relevante entre las experiencias y los sujetos que las tienen, en cuanto aquéllas lo son *de* alguien⁹. Esto no supone pensar la identidad personal en términos sustanciales, sino más bien como una unidad experiencial construida y reconstruida a lo largo de la vida. El reconocimiento que los individuos hacen de sí mismos y de otros como sujetos involucra apelar a esquemas ya recibidos, social, política y discursivamente constituidos, de los cuales pueden ser conscientes o no, y a los que ofrezcan resistencia o admitan sin discusión. Esos

⁸ Tal como lo entiende Ankersmit, F. en *Historia y tropología* (Buenos Aires, FCE, 2004).

⁹ Cfr. el artículo de Scott citado.

esquemas heredados jugarán un papel fundamental en relación a las experiencias que se tengan, y al modo en que se las valore pero también, bajo determinadas circunstancias estructurales, podrá hablarse de experiencias tan radicales que no exista esquema disponible alguno en el cual incluirlas. En esos casos, la creatividad del sujeto se exhibe con toda claridad. Finalmente, la experiencia también puede transferirse y ser compartida, de manera que no se reduce a la reivindicación de una propiedad individual.

Los análisis sobre la experiencia histórica también se han dedicado al vínculo entre ella, el lenguaje y el significado. Si bien podría decirse que sin experiencia no hay lenguaje, podría asimismo pensarse que sin lenguaje no hay experiencia, en cuanto para que ésta sea reconocida se requieren construcciones discursivas (que estarían históricamente determinadas) sobre las cuales la conciencia de los individuos es más bien opaca. Para otros enfoques, la experiencia es lo *contrario* al lenguaje, como tal, no representa una estadio previo a éste, sino más bien su límite y negación, y en el fondo, la única garantía de acceder de algún modo, oscuro e inefable, al mundo.

El caso paradigmático aquí son los desarrollos teóricos de Ankersmit para quien la experiencia histórica es lo que permite al historiador salir de la “prisión del lenguaje”. La experiencia histórica es así “sublime” por cuanto se ubica en un territorio “fluido” entre sujeto y objeto, y no tiene pretensión cognitiva. Se vincula a un tipo de olvido que fractura la continuidad de la identidad, generando un “trauma” que no tiene cura, en el que se pierde el “yo anterior”. El origen de la historia como ciencia estaría en el afán del conservador por transformar ese dolor por ser lo que ya no es, en deseo de conocimiento¹⁰.

III

Yo definiría como “históricas” a aquellas experiencias asociadas a los modos en que los sujetos sociales inscriben sus vidas en marcos de sentido temporales que comparten con otros. No se trata de que todas las experiencias vitales sean “históricas”, sino aquéllas mediante las cuales sucesos sociales complejos de los que se es contemporáneo en un grado de implicación diverso (como actor, paciente, observador, etc.) son experimentados como fundantes de una temporalidad que se estructura sobre una reordenación distinta de la simple sucesión y a través de la cual el futuro está puesto como una expectativa de significación que hará sentido de este presente cuando sea pasado, y del pasado que actualmente funciona como espacio de experiencias disponibles.

De manera tal que, tener experiencias “históricas” según yo lo entiendo involucra una perspectiva más amplia que no se reduce sólo a la consideración del pasado como objeto de conocimiento académico o de preservación museológica. En cuanto objeto de experiencia histórica, el pasado de una comunidad o grupo cristaliza una

¹⁰ Me refiero a las tesis defendidas por Ankersmit en *Sublime Historical Experience* (California, Stanford Univ. Press, 2005).

constelación de sentido vigente, como tal funciona como un trasfondo en relación al cual los sujetos se posicionan. Lo que importa aquí del pasado es cómo llega a operar como punto de referencia para proyectar desde el presente hacia el futuro, de ahí mi insistencia inicial acerca de la alteración de la linealidad de la sucesión que vendrían a traer las experiencias históricas.

Éstas, entonces, si bien podrán hacer eje en el pasado no se agotan en él, ya que también ponen en relación las expectativas del propio sujeto con las del contexto social del cual se siente parte. Desde mi punto de vista, entonces, no se trata de experimentar el pasado como una especie de objeto atemporal que se presenta a los sujetos, sino de la percepción compleja de que la aspiración de futuro involucra de alguna manera considerar al pasado como algo *con o contra* lo cual los sujetos se plantan para definir lo que resulta significativo al sostener sus proyectos vitales. No puede hablarse de un pasado en-sí, encapsulado, a la espera de ser descubierto o revivificado. Sino que son las cambiantes expectativas de futuro y sus signos presentes las que posibilitan, abren, o también impiden, que los sujetos, consciente o inconscientemente, experimenten históricamente el tiempo que les toca, y como tal, sean capaces de pensar en el pasado como parte de un trayecto que exige siempre la decisión de querer continuarlo o dejarlo tal como ha quedado.